

# Milagro en Saint Joseph\*

Fernando Yaacov Peña  
*Egresado Taller de Escritores  
Universidad Central (TEUC)*

*El árbol de la Ciencia  
no es el árbol de la Vida.*

Schiller

Cursaba el último año de medicina cuando fui enviado a una rotación en el Hospital Saint Joseph del este de Jerusalem. Era un lugar casi exclusivo de los pacientes de origen árabe, también conocidos como palestinos, y de uno que otro turista cristiano o protestante. Los pacientes judíos preferían acudir al Hadassa del Monte Scopus o al de Ein Kerem, por seguridad y costumbre.

En el segundo piso, en un cubículo esquinero, se encontraban cinco camas metálicas rodeadas por unos mosquiteros transparentes y roídas por el tiempo, pues fueron donadas a finales de los años veinte, cuando los británicos aún administraban esta conflictiva zona. Aquí eran ubicados los mal llamados tísicos, pacientes con tuberculosis, caquéticos y moribundos. Para mi sorpresa, un día encontré que entre ellos había llegado uno bastante joven, con facies cérea inexpresiva y una mirada seca y letárgica. Era la sexta vez que requería hospitalización porque su esputo purulento, y la presencia persistente de motúculas de sangre en las flemas, había sido analizado en el laboratorio clínico y reportado como positivo para la tuberculosis que se creía controlada. Le iniciaron los antibióticos de rutina, siguiendo el esquema recomendado por la Oficina de Sanidad, y las terapias con nebulizadores y maniobras físicas que aseguraban aligerar la agonía al respirar. Sin embargo, su estado empeoró y la vida parecía alejarse a cada instante, mientras los accesos interminables de tos desgarraban su garganta y su alma. Las volátiles esperanzas de recuperación partían con los días, y Abdul Nissir, como se llamaba el joven moribundo, desaparecía físicamente entre las sábanas amarillentas, mientras el mortal bacilo burlaba la nueva terapia.

A los pocos días fui enviado a una campaña con el grupo “Delta” del ejército, para brindar apoyo en una brigada que se encontraba en el desierto

---

\* Este relato hace parte del libro *Cuentos Hipocriticos*, Mención de Honor en el Premio Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá, 2002.

de Judea, a pocas horas de Jerusalem. Allí permanecí un par de meses, en una actividad más de socorrista que de cirujano, al cabo de los cuales me ordenaron regresar al Saint Joseph. Cuando pasé por el cubículo esquinero de los moribundos, esperaba premonitoriamente encontrar vacía la cama de Abdul Nissir, pero para mi sorpresa, él se encontraba de pie, frente al ventanal, muy repuesto e intercambiando palabras de ánimo con un anciano árabe. Abdul sanaba milagrosamente. Revisé la historia y hojéé cada examen de laboratorio, sin encontrar una respuesta que satisficiera mi curiosidad.

Aquel día estuve de guardia. Cerca de la medianoche, recorrí los cubículos revisando algunos pacientes antes de mi descanso. Al llegar al área de tuberculosis escuché un cuchicheo que llamó mi atención. Me acerqué con cautela, hasta cuando pude entender el significado de esas palabras silenciosas que surgían en la tranquilidad de la noche. Era Abdul, quien comenzaba a narrar una historia a su compañero de cuarto, mientras éste, sentado en el borde de la cama, escuchaba embelesado la narración. Después de un tiempo me enteré que el doctor Tobías, el médico interno incluido en la nómina un mes antes, había narrado a Abdul una historia que tenía un poder sanador, algunos dirían placebo, sobre las personas que lo escuchaban y que luego lo compartían con otro enfermo. Inquieto por la curiosidad que me ocasionó este caso, decidí ubicar un escondite secreto cerca de la cama de Abdul, desde donde logré escuchar cada día un fragmento del interesante relato del pastor Mahmud, y considero, a pesar de mi objetividad científica, que este cuento devolvió la luz a su fatigada alma, y a la de otros pacientes, bañando con esperanzas lo que la enfermedad había convertido en existencia efímera.

### El pastor de Qumrán

Hacia 1935, el desierto de Judea, que bordea como un ojal al salado y denso Mar Muerto, era un terreno más que árido, olvidado en el recuerdo ancestral de las leyendas bíblicas, con lomas de roca y chamizos cocinados por el intenso sol. Durante las horas de la tarde, un majestuoso velo anaranjado se tendía sobre la superficie, refulgiendo el antiguo Moab y la meseta de Jerusalem. Entre las piedras y las arenas surgía hacia el costado norte del mar un capul de palmeras rebosantes de dátiles, y los riachuelos moribundos que refrescan el oasis de Jericó. Allí vivía Mahmud, sosegado por la vida pausada del desierto, desperdiciando horas en juegos de escondites y correteando a las cabras y camellos. En ocasiones se le iban los días caminando por las pendientes del Monasterio ortodoxo, que yacía adherido como una araña a la pared del conocido Monte de la Tentación, o entre las dunas de roca árida y grietas milenarias en Qumrán.

Mahmud gastaba su inagotable energía escrutando el desierto, recogiendo piedras de formas exóticas e internándose en las cuevas para dejar volar en sus sueños toda una fantasía que había sido sembrada por

las leyendas de sus abuelos. Dejaba a las cabras vagar por la pradera de arena y piedra, en donde la sabiduría animal les guiaba para encontrar alimento. Una *Solitensce judea* o quizá la pálida *Amberes cérea* eran la fuente que las cabras rumiaban para producir la leche que alimentaría a la familia de Mahmud. Luego, con su silbar particular, las reunía para contarlas y regresar jubiloso al hogar beduino.

Los días corrían pausados como si el exceso de calor dilatara el tiempo. La eternidad se comprendía mejor en ese silencio del desierto y durante las noches estrelladas era fácil comprender la noción de lo infinito. En este mundo nómada y milenario, las generaciones se iban, dejando los mismos cuentos, costumbres, leyendas y religión que habían pregonado desde la época del sabio Abraham.

---

---

Inquieto por la curiosidad que me ocasionó este caso, decidí ubicar un escondite secreto cerca de la cama de Abdul, desde donde logré escuchar cada día un fragmento del interesante relato del pastor Mahmud.

---

---

Entrando Mahmud en edad madura, comenzó a sentir los efectos de la arena húmeda de las cavernas y el aire enclaustrado de las fosas que solía escudriñar. Lo que se inició con una ligera tos ocasional fue gradualmente progresando hasta una asfixia que lo hacía postrarse en su lecho de piel, en el rincón de una de las tiendas beduinas. Un día su padre llegó, trayendo sobre un camello dorado, a uno de los médicos de la ciudad, escoltados por tres pastores que ayudaron a bajar al galeno con su enigmático maletín. Luego de un examen minucioso, el médico salió, se sentó a la entrada de la carpa y hablando en voz baja con el padre

de Mahmud le refirió que se trataba del "*Enfisema del desierto*". Esta temida enfermedad era sufrida por los beduinos y pastores que acostumbraban dejar sus rebaños en las antiguas cavernas del desierto de Judea y del Neguev. Era un mal raro que terminaba ahogando a la víctima, quien gradualmente sucumbía en medio de episodios angustiantes de asfixia.

—No hay nada por hacer —refirió el médico árabe—. Excepto llevarlo a Jerusalem o a Ammán, donde quizá le prolonguen un poco la vida y le resten el sufrimiento, pero ni siquiera allí encontrará una cura.

Soportada por cuerdas que se sujetaban a varas enterradas en la tierra arenosa, se levantaba la carpa beduina como una mancha oscura contrastando con el paisaje amarillo-rojizo del desierto. Aislada de cualquier ciudad, abandonada por la civilización moderna, parecía haber quedado como una reliquia de los tiempos bíblicos. Ocasionalmente

Mahmud salía de su carpa, que se había convertido en una prisión de cuero.

Una mañana decidió recorrer en solitario los parajes misteriosos que nunca se había atrevido. Era una zona erosionada con grietas profundas hasta el risco, donde se insinuaba el ojo de una caverna que por estar en el borde del abismo fue siempre evitada por los pastores. Pero aquel día, Mahmud había despertado con una curiosidad inusual. Intrigado por la imagen misteriosa de la caverna, era atraído como un imán que se acerca lentamente a limaduras de hierro.

Mahmud desapareció por dos días antes de que un grupo de pastores encontrara sus huellas y finalmente escucharan un ahogado gemido procedente de la caverna del abismo. Nadie logró explicar de qué manera penetró Mahmud por el risco hasta la boca de la caverna prohibida. Yacía en el fondo a más de seis metros, tendido de lado, rodeado por unas ánforas de barro. Después de varias horas de trabajo, ataron cuerdas a los camellos, descendieron y rescataron al osado y aventurero pastor. Éste les rogó que sacaran también un pergamino enrollado que había visto entre las ánforas.

La historia narrada en el pergamino fue leída por el padre de Mahmud, el único en la tribu nómada que entendía arameo. Era la leyenda de unos hombres llamados la “*Logia Blanca*”, quienes vivieron hace muchos años ocultos en las cavernas de Qumrán, protegiendo la sagrada y hermética sabiduría del rey de Jerusalem.

Mahmud pasó los días embelesado con las historias que leía su padre de los rollos, mientras se recuperaba de una fractura ocasionada al entrar en la caverna. Además de narrar historias fantásticas de hombres determinados a vivir una vida de santidad y devoción al ascetismo, tenían cierto poder intrínseco, una energía curativa que se liberó tan sólo con su lectura. Mahmud curaba de su enfisema del desierto a medida que escuchaba la oración del rollo, y la fractura se reparó también a los pocos días. Precisamente había un fragmento de la narración que aseguraba brindar sanación al enfermo, luz al ciego y pan al hambriento.

Luego de un tiempo, Mahmud, curado por completo, repleto de energía y de curiosidad, organizó a un grupo de pastores beduinos para regresar a la cueva del abismo y extraer todos los pergaminos de las vasijas. Regresaron con sus camellos rebosantes de rollos sobre los lomos gibosos y varios atados en los costados. Los limpiaban con escobas de pelo de cabra y luego eran estirados para sostenerlos con clavos y ponerlos a secar al sol. La frase sanadora del primer rollo fue leída por el padre de Mahmud a los demás enfermos del grupo beduino, y uno a uno fue sanando de sus llagas, reumatismos y pulmonías.

Los pastores de Mahmud encontraron además unas treinta nuevas cavernas con vasijas que contenían más rollos, y un pasaje subterráneo que terminaba en un lóbrego salón, donde hallaron, entre otros objetos,

una caja cubierta por dos querubines dorados con dos piedras rectangulares en su interior, cuyos lados tenían ciertas inscripciones muy bien talladas y sin efectos erosivos.

Años más tarde, llegaron al desierto de Judea arqueólogos ingleses e israelitas para escarbar entre las piedras en busca de tesoros ancestrales. Al pasar los días, los arqueólogos fueron haciendo amistad con los nómades beduinos, hasta que un día Mahmud les reveló el secreto de los rollos. Los arqueólogos, sorprendidos, pagaron a los beduinos una gran suma de libras por un par de éstos y partieron con júbilo hacia Jerusalem. Mahmud nunca entregó el rollo que contenía la frase sanadora ni reveló el lugar del pasaje subterráneo donde hallaron la caja con querubines.

Abdul terminó así la fantástica narración y concluyó: “El doctor Tobías me refirió que hace unos años conoció a Mahmud, hombre jovial y enérgico para la edad que tiene. Instalado por las cercanías de Ein-Guedi, el oasis al oeste del Mar Muerto, rodeado de cabras y camellos. Después de verlo por varios días, el doctor se acercó y hablaron. Luego de entrar en confianza y compartir por unos meses, Mahmud decidió confiarle la frase sanadora, poco antes de partir con su rebaño hacia el desierto del Sinaí. Ésta es la frase que me entregó el doctor”, dijo mientras desenvolvía un pequeño rollo de papel. La levantó para leer y agregó: “La rezo doce veces por día, y también tú, si lo haces, corroborarás el sagrado efecto curativo de la sabiduría de Qumrán”. Después continuó Abdul con unas palabras casi imperceptibles, que no logré entender desde mi escondite, pero estoy seguro que también sanarían a otros.

*hojas* **Universitarias**.....